

LETRAS

letrillas

LETRONES

PARTIDOS

Malosos, babosos y chamagosos

Venerable profesor Tsiang: Recibí su atenta epístola. Dada su generosa insistencia, le respondo aunque sea en desorden, poniendo en cursivas los temas sobre los que usted requiere la pobre luz de mis conocimientos.

En efecto, como usted señala, los términos Malosos, Babosos y Chamagosos no son los únicos motes o *categorías* que se pueden aplicar al PRI, el PAN y el PRD, en ese orden. A los primeros se les puede tipificar también como Hijos de la Chingada, Pandilleros o Gángsters; a los segundos se les puede ubicar en el rubro social de Hijos del Padre Amaro, Monaguillos o Tinterillos; y finalmente, a los terceros se les puede denominar como Hijos del Quinto Patio, Grillos y Palomilleros, categorías estas tres que significan, respectivamente, pobre-

tones, politiqueros y miembros de una “palomilla”, el paso anterior al gambreísmo de la pandilla. (Y sí, su diccionario tiene razón: chamagosos significa mugrientos, desaliñados; “borrosos”, añadiría yo.)

Hechas estas aclaraciones metodológicas y semánticas, entro en materia, no sin antes recordarle que los diputados y senadores mexicanos no son reelegibles: no tienen ni la ocasión ni la necesidad de aprender su oficio, como en otras naciones; de manera que no le deben obediencia a los votantes que los eligen, sino tan sólo a la maquinaria partidista que los designa. Es urgente esta reforma, aunque difícil en un país que todavía cree que la No Reección es una excelente idea. Para los Presidentes, lo es; cada uno de ellos ha tenido la virtud de mostrarlo.

I. Los malosos. Es notable cómo, en general, las fisonomías de estos individuos —hombres y mujeres por igual— responden a su categoría truculenta y medran-

te. (Como dicen los gringos, *they really look the part.*) Es cierto que algunos pocos tienen pinta de buenas personas, o hasta de platinados estadistas, pero no se deje engañar, honorable profesor: su corazón es más negro y retorcido que el de la viuda de Mao. En cuanto a pensar, *sí piensan*. Todo el tiempo piensan: en cómo regresar al poder, al cual son adictos terminales. Como los yonquis, son capaces de cualquier cosa con tal de repetir la dosis.

En cuanto a la palabra *Patria*, ya no la usan: no quieren recordarle a la gente que son priistas como los de antes (o incluso que *son* los priistas de antes). Luego de tres años de haber perdido la Presidencia, los Malosos han ido recuperando la confianza. No sólo porque la escandalosa ineptitud del gobierno les confiere a ellos la dignidad y prestancia de toda Oposición, sino porque ya están seguros de que el 99% de ellos (que son muy numerosos) no pisará nunca la cárcel por sus trapacerías innumerables.

De manera que han vuelto a hinchar el pecho y declararse eternos Amigos del Pueblo. Toda su vida han mentido, y cuando arman repulsivos *zipizapes* públicos y se acusan unos a otros de embusteros, ¿acaso no es una más de sus patrañas? Ellos hundieron el *Titanic*, pero se quedaron con el control de las lanchas de salvamento. Además, ahora que ya no tienen un Presidente de su propia banda que los discipline y recompense, son como los sucesores de Al Capone que quieren controlar, a como sea, su zona. Se pasaron la vida lamiendo botas y ahora quieren cosechar el fruto de su meticulosa labor.

En sus cálculos pesa mucho la idea de que, si bien buena parte de la nación los detesta (y les *teme*), tal vez no los desprecia como a los Babosos y Chamagosos. En *sus ojos* —si uno se atreve a mirarlos!— se ve el Mal. Si los Babosos son unos incapaces, en cambio los Malosos son capaces de todo, como lo insinúan los homicidios de Colosio y Ruiz Massieu, y los miles y miles y miles de víctimas del abuso, la rapiña, el desmán, las amenazas, la intimidación, la represión, el secuestro, la tortura, las matan-

zas colectivas y los asesinatos individuales a lo largo del muy largo priato.

No, no hay priistas *arrepentidos*. No existe tal cosa. ¿Cómo se le ocurre, venerable profesor T'siang?

Agregaré, en fin, que aunque la democracia mexicana es muy deplorable en muchísimos aspectos, una cosa sí le puedo asegurar con la mano en el corazón: es incomparablemente mejor que seguir viviendo con los priistas a horcajadas de nuestro cuello y del erario público.

II. Los babosos. Como las escuelas católicas en México nunca se preocuparon por crear una elite apegada a la fe pero preparada para argumentar y gobernar, los sujetos de esta categoría son abogados y son incultos. Son literalmente *mochos*: les mocharon (quitaron) la oportunidad de cultivarse. La *cultura* les da desconfianza y hasta miedo, pues sospechan que es ajena a sus creencias. El siglo XX, con todos sus debates y tragedias, les pasó casi de noche y no han leído ninguno de los libros fundamentales de literatura, arte, historia, política o siquiera economía. Si los priistas eran (como el país mismo) una extraña mezcla de civilización y barbarie, los panistas son una mortificante combinación de convencionalismo e ignorancia.

Uno de los suyos, que sí había leído libros, en algún momento proclamó que el ascenso del panismo constituía un "triunfo cultural", cuando lo que quería decir era que en adelante a los jóvenes se les induciría a no usar condones y a ser castos hasta el matrimonio. Si la nación es laica o atea o revolucionaria o liberal o justa o sensual, ellos se reconocen *in petto* un poco *enemigos de la nación*.

Aparte de no tener cultura, tampoco tienen estilo ni clase, y algunos de estos santos varones son de una ordinariez que debe sobresaltar a sus curas confesores. En *sus ojos* no hay ni brillo ni bondad, y es muy posible que nunca hayan *pensado* en nada, salvo acaso en algunos vericuetos de la ley y los negocios. En general tienen tanta personalidad como un flan; los que en la oposición se des-

tacaron, una vez en el Gobierno, las páteticas gubernaturas y las Cámaras, han demostrado, básicamente, la notable gama de tonos que tiene el gris. Lucharon contra el totalitarismo de los marxistas y el autoritarismo corrupto de los priistas, pero nunca se les ocurrió prepararse para argumentar y gobernar. Y así vemos cómo los Malosos –aunque pugilistas de aborrecimientos, traiciones y felonías entre sí que hasta a Shakespeare le pondrían los pelos de punta– “les comen el mandado”, como dice el dicho, una y otra vez. Y ellos nomás contando las cuentas del rosario.

En cuanto a la palabra *Patria*, no les gusta mucho. Incluso, no les gusta nada: sospechan que en el imaginario nacional está identificada con sus enemigos históricos: Hidalgo, Morelos, Altamirano, Juárez, Villa, Zapata, Calles, Cárdenas y la escuela laica. Y sus *héroes históricos* en definitiva no son confesables: Miramón, la Madre Conchita, los cristeros, es decir, los personajes que lucharon con las armas para que la nación quedara tutelada por la Iglesia católica. (Todavía algunos de sus políticos, cuando se les pregunta a quién admiran mucho, entornan los ojos, pestañean fuerte y mencionan con reverencia el nombre de algún obispo o cardenal viviente.)

Por mi parte debo *confesar* que fui de los que dieron su voto útil a Vicente Fox (aunque no a su partido). En la noche me despierto temblando y casi sollozando, lleno de voluntad de contrición. En la mañana, me tranquilizo un poquitín al imaginar que los Sentimientos de la nación mexicana fueran todavía los del envilecimiento y sobajamiento que privaban entre nosotros durante el priato. Aunque sea difícil creerlo, le aseguro que son preferibles el desconsuelo, el desprecio y el despecho que sentimos actualmente.

III. Los chamagosos. Si los Babosos son prueba de la deficiente educación de las escuelas privadas, los Chamagosos lo son del desastre de la *educación pública*. Saben gritar y denunciar y grillar, pero poco más. En general, dan la impresión de que no pueden peinarse e ignoran

qué colores combinan en la ropa. Eso sí: en *sus ojitos* destella la flamita ambiciosa de los que Quieren ser Alguien.

En su juventud profesaron *ideales* que fracasaron; unos soñaron con instaurar el *socialismo* mediante las armas y otros anhelaron lograr lo mismo, pero apoyados en la voluntad abrumadora del pueblo. Aunque luego decidieron ser pragmáticos y juntarse todos en un partido ni leninista ni maoísta ni trotskista, se pelean como ratas por las migajas del poder tal como antes se disputaban entre y dentro de las sectas de izquierda por demostrar quién era más (o menos) estalinista, castrista o lo que fuera. Sus formas de asociación siguen siendo tribales; como antes, creen en un *Líder*, pero curiosamente éste es siempre algún caudillo ex priista que se viste bien y sí sabe escoger sus corbatas.

La palabra *Patria* les agrada muchísimo; ha tomado el lugar que ocupaba la mítica *Revolución* (mexicana o socialista, o socialista mexicana). La usan con mayor frecuencia que los dos partidos anteriores y se les nota a sus diputados cuánto se emocionan cuando la arrojan a la cara de los perennes Enemigos del Pueblo. En cuanto a la *democracia*, algunos de ellos aún parecen creer que es un fraude, una engañifa, cual peroran caciques como Chávez y Castro (que todavía hacen que las rodillas les tiemblen de emoción). De otra forma ¿cómo se explica que no representen siquiera el 20% del voto?

No se sabe, bien a bien, *si piensan*, pero no lo parece, excepto en los clásicos términos de “táctica y estrategia”, que tan pobres resultados les han rendido. Tampoco tienen *sueños*, como cuando eran jóvenes, excepto el del poder, ya no ingente y revolucionario sino local y concretito. En esto, como en algunas otras cosas, se parecen más y más a los priistas, que por lo menos tienen razonables ilusiones de recuperarlo. En los pocos lugares donde detentan el poder, lo más que han logrado es gobernar como un PRI mucho menos malo (lo cual, pensándolo bien, no es tan poca cosa).

Casi todos son chilangos, o michoacanos, o andan desperdigados por allá y

acullá, y tienen apetitos y costumbres de caníbales: sus diferentes tribus (ininteligibles para el observador) no guerrearán sin misericordia entre sí enarbolando ideas para contrarrestar o derrotar el *neoliberalismo*, sino para aniquilar y comerse a los perdedores, como entre los aztecas y los otros mesoamericanos (el lema de su asociación reza así: “el partido del sol azteca”).

Venerable profesor Tsiang, espero que estas notas de un demócrata atribulado le sirvan para entender este país que usted llama “hermético y misterioso”. Dentro de unos meses, cuando usted vuelva a visitarnos, le prometo algunas comilonas memorables y me prometo a mí mismo escuchar con suma atención sus comentarios sobre nuestros “deshonrables” países. —

Suyo.

— HÉCTOR MANJARREZ

EFEMÉRIDES

Instrucciones para recordar a Cortázar

Conversación con Francisco Porrúa

Francisco Paco Porrúa pide no someterse a una entrevista sobre Julio Cortázar, pero no se niega a conversar sobre Julio Cortázar. La diferencia es tenue, pero atendible: Porrúa —legendario editor del autor de *Rayuela* y del autor de *Cien años de soledad*, creador de la editorial Minotauro, traductor de Tolkien, Ballard y Bradbury— lleva ya varios meses, desde que fue homenajeado en la pasada Feria del Libro de Guadalajara, respondiendo a demasiadas preguntas sobre lo que hizo a la hora de enfrentarse a dos de los manuscritos más trascendentes de la literatura latinoamericana. Y Porrúa se niega a hacer comparaciones o a evocar intensidades a la hora de medir y pesar el *magnum opus* de Cortázar y el de García Márquez: “Nunca me gustó la idea de la literatura comparativa a la hora de aplicarla al oficio de editor. Supongo que estos sistemas funcionan a la hora

de la academia; pero yo siempre entendí a los escritores y a las obras como sistemas autónomos.” Lo cierto es que, hoy, Porrúa prefiere entenderse más como traductor que como editor y —con modestia que no descarta esa forma tan cortazariana de un supuesto azar que, en realidad, apenas esconde el orgullo de haber sido testigo privilegiado de lo inevitable— no puede sino restarse importancia y ubicarse sin dudar dentro de los límites del simple médium, del que estuvo allí porque, probablemente, eran esos libros lo que querían que allí estuviera él. “*Rayuela* era y es un buen libro y eso es todo lo que a mí me correspondía y me sigue correspondiendo afirmar como su editor. Ese es mi trabajo”, sentencia.

El vigésimo aniversario de la muerte del escritor llevó a Porrúa de regreso a Guadalajara —invitado por la Cátedra Julio Cortázar— para invocar la figura de un escritor acerca del que no le gusta responder preguntas pero sí contar respuestas.

UNO. En una entrevista concedida a *The Paris Review* en 1983, Cortázar explica que corrige muy poco cuando escribe: “Esto es consecuencia de que las cosas ya han sido elaboradas en mi interior. Cuando veo primeras versiones de algunos amigos escritores, en las que todo está corregido, todo cambiado, todo movido, y hay flechas por todas partes... no, no, no. Mis manuscritos están muy limpios.” Porrúa corrobora la versión: “Los originales de Cortázar eran de una limpieza casi preocupante. Era algo que casi intimidaba. Alguna vez lo vi en acción, a la hora de escribir una carta; pero nada me hizo pensar que su actitud sería diferente a la hora de las ficciones: inmenso como era, con esas manos, sentado frente a su máquina de escribir que de pronto parecía casi una miniatura, un modelo a escala. Cortázar golpeaba las teclas con fuerza, como si diera martillazos. En realidad, era como si la máquina fuera él: arrancaba con la primera línea y no paraba hasta el final. No dudaba, no corregía, no hacía un alto para pensar en

la siguiente palabra. Las letras le salían de los dedos. Te daba la impresión... la certeza de que todo lo que Cortázar escribía lo escribía para siempre.”

DOS. Porrúa se acuerda de que en el depósito de la Editorial Sudamericana quedaban unos dos mil ejemplares de *Bestiario* que no tenían salida. Su venta estaba paralizada. Se habrían vendido unas mil copias, y casi nadie sabía nada de este autor: “Había otro libro de él, editado en México, *Final de juego*... Y si caminabas por las librerías de la calle Corrientes y hablabas con los vendedores te dabas cuenta de que algunos de ellos siempre tenían algún ejemplar a mano de *Bestiario* y lo recomendaban con entusiasmo. Cortázar ya era un autor de culto, pero era un culto pequeño. Y estaba claro que era un escritor. Así que un día me llegó el manuscrito de *Las armas secretas* y no tuve muchas dudas; pero no lo considero un mérito mío: Cortázar ya era Cortázar más allá de que los lectores todavía no supieran quién era Cortázar. Por suerte, por justicia, la situación no demoró mucho en cambiar.”

TRES. A la hora de recordar a Cortázar, Porrúa habla menos de la literatura y más de los principios secretos que regían a la literatura de Cortázar; de las no-ficciones detrás de sus ficciones que, en ocasiones, le parecen a Porrúa mucho más fantásticas que sus cuentos fantásticos: “Con Cortázar pasaban cosas raras todo el tiempo. Supuestas casualidades y manifestaciones del azar que él no consideraba para nada como simples coincidencias. Él mismo alguna vez las comentó; como cuando escribió ese epílogo, ‘Botella al mar’, al cuento ‘Queremos tanto a Glenda’. Todo el tiempo le pasaban cosas así: la realidad acababa convirtiéndose en ecos de sus cuentos. Una vez, me dijo, recibió una carta de un tal John Howell que le comentaba, casi aterrorizado, que a él le había sucedido exactamente lo mismo que lo que le sucede al John Howell de ‘Instrucciones para John Howell’: le habían hecho subir al escenario en medio de una obra



Que vuelvan esos lentes...

de teatro y después... Cortázar se refería a estos acontecimientos con el nombre de *figuras*. Aseguraba que absolutamente todo respondía a formas, a figuras que se podían leer como si se tratara de cuentos o de novelas y que, si se conseguía decodificarlas, permitían adivinar el futuro de la trama de nuestra vida e, incluso, lo que sucedía en los bordes de esa trama. El modo en que nuestra figura intersectaba con las figuras de otras personas. Y lo curioso es que, si tenías una relación más o menos cercana con Cortázar, estas rarezas comenzaban a ocurrirte a vos. A mí me ocurrieron varias. Me acuerdo, por ejemplo, de estar escribiendo el texto para la contratapa de *Historias de cronopios y de famas* y no poder sacarme de la cabeza la imagen de una habitación llena de hilos que iban de pared a pared, cruzándose. Recuerdo que entonces llamé a Cortázar y se lo comenté, y que se rió en el teléfono con esa risa inconfundiblemente suya y me dijo: 'Guardá esa idea para la contratapa de mi próximo libro'. Y meses después, leyendo *Rayuela*, me di cuenta de lo que quería decirme: ahí estaba esa habitación surcada por hilos en

un capítulo que, me explicó Cortázar, era el que estaba escribiendo él justo cuando yo lo llamé por teléfono para hablarme de mi habitación con piolines."

CUATRO. ¿Cómo era Cortázar en la intimidad? ¿Y por qué esa necesidad casi refleja de conocer las rutinas de hombres que trabajan sentados? Le cuento a Porrúa que una vez vi a Cortázar caminando por Buenos Aires —durante ese último viaje en que Alfonsín no lo recibió—, que me acerqué a él y que, como Cortázar conocía a mis padres, le dije: "Seguro que usted no se acuerda de mí, pero yo soy...". Cortázar me interrumpió y me dijo "Me acuerdo perfectamente, por lo que no hace falta que digas nada más." Y me sonrió y siguió caminando. Y yo nunca supe si había sido despreciado o privilegiado destinatario de un cortazarismo. Porrúa también sonríe: "Si, se la pasaba haciendo y diciendo cosas así. Todo era un juego para él. Y la literatura no era más que una de sus partes. Su percepción de la realidad se entiende claramente en libros como *Último round* o *La*

vuelta al día en ochenta mundos o en las instrucciones de *Cronopios y famas*. En lo personal también era un poco así. Digamos que oscilaba, podía ser muy tranquilo y silencioso para, un minuto después, tener arranques muy sentimentales, de un afecto muy profundo. Era un hombre que estaba con vos pero, al mismo tiempo, estaba en muchas otras partes. Una vez me dijo algo que me emocionó mucho y que, creo, después repitió por escrito en una de las cartas que me envió. Me acuerdo de que estábamos conversando de cualquier cosa, se hizo uno de esos silencios raros, y él lo rompió diciendo: "Todo lo que no ha sido dicho está dicho para siempre". Después se puso de pie, vino hasta donde yo estaba, y me abrazó." —

— RODRIGO FRESÁN

CIENCIA

Las perlas de la virgen

La ausencia de armas de destrucción masiva en Iraq plantea un enigma fascinante. ¿Si nunca las hubo, por qué Saddam Hussein se opuso tan vigorosamente a las inspecciones ordenadas por las Naciones Unidas? El desafío de Saddam es particularmente intrigante, porque acabó destruyendo su dinastía por defender una fábula.

A medida que la búsqueda de armas fracasaba, se me ocurrió una explicación: Saddam nunca supo que no tenía armas de destrucción masiva, creyó tenerlas porque sus científicos le aseguraron haberlas fabricado y nunca se molestó en descubrir la verdad. Llamé científica a esta explicación por estar basada, no en el método científico, sino en mi conocimiento de la conducta de los científicos. He pasado gran parte de mi vida rodeado por ellos y conozco algunas de sus mañas. Los primeros que escucharon la explicación pensaron que era más un acto de irreverencia que un intento de entender la conducta humana. Ahora la explicación puede parecer trillada, ya que casi diariamente aparecen evidencias que la favorecen. Insisto en ella porque los precedentes que co-

nozco, en México y en el extranjero, ilustran la misma conducta. Uno de ellos, el de la bomba atómica venezolana, merece un lugar distinguido en la historia del realismo mágico latinoamericano.

Me enteré de la bomba atómica venezolana la primera vez que visité, a principios de los años sesenta, al Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), uno de los centros científicos más distinguidos de América Latina. El IVIC está alojado en una colección de atractivos edificios construidos dentro de un bosque: el que cubre la cima de una de las montañas que rodean el estrecho valle de Caracas, en un paraje llamado Los Altos de Pipe. Deslumbrado por el sitio, intenté averiguar su historia. Uno de mis anfitriones, Marcel Roche, el director del Instituto, me contó que el IVIC debía su existencia a la relación entre dos hombres: el dictador Marcos Pérez Jiménez y el neurólogo y microscopista electrónico Humberto Fernández Morán.

Pérez Jiménez fue un ejemplar típico del tirano militar latinoamericano. Cubierto con el manto del anticomunismo, torturó y asesinó a muchos de sus opositores; los que no pudo capturar escaparon al exilio, y los más moderados y tímidos perdieron su trabajo. En sus momentos libres Pérez Jiménez se dedicaba a perseguir en motocicleta —era demasiado rollizo para hacerlo a pie— a mujeres jóvenes que luego *liberaba*, desnudas, dentro de su propiedad. Fernández Morán era un hombre de alrededor de treinta años, que había tenido éxito investigando la ultraestructura de la membrana de las células nerviosas; su contribución más importante fue, probablemente, diseñar una cuchilla de diamante que permitió obtener con confianza los cortes de células extraordinariamente delgados requeridos en los estudios de ultraestructura. ¿Cómo logró Fernández Morán persuadir al tirano de la necesidad de hacer una inversión tan grande y generosa en investigación científica? La versión aceptada por todos es que Fernández Morán prometió construir un reactor nuclear a

cambio del apoyo del dictador.

Ambos cumplieron sus promesas: Fernández Morán recibió apoyo ilimitado y, con velocidad extraordinaria, erigió la infraestructura de lo que hoy es el IVIC: carreteras, alojamiento para el personal y el primer grupo de laboratorios. Después de terminar las primeras construcciones, el reactor nuclear venezolano se levantó rápidamente. La velocidad y la eficiencia con las que Fernández Morán logró sus metas, aun contando con un apoyo económico ilimitado, fueron prodigiosas. Algunos lo recuerdan supervisando los trabajos en Pipe, incluso antes de que las carreteras estuvieran terminadas, montado a caballo, yendo de un sitio a otro, dando órdenes y cuidando que sus altas botas de montar siempre estuvieran perfectamente lustradas.

El reactor de Fernández Morán era inofensivo, ya que era demasiado pequeño para producir armas atómicas. No se sabe si esta limitación le fue explicada alguna vez a Pérez Jiménez y sus generales. Lo cierto es que el reactor inflamó la imaginación de los militares, que lo vieron como el primer paso en el desarrollo de un arsenal nuclear, y Fernández Morán fue promovido al cargo de ministro de Instrucción Pública. Nadie sabe el camino que habría tomado su carrera: porque pocos días después de su promoción la dictadura de Pérez Jiménez se desplomó. La crueldad indiscriminada del régimen se había vuelto tan intolerable que no quedaba casi nadie que lo apoyara en Venezuela.

Fernández Morán se exilió, primero a Estados Unidos y después a Suecia. Nadie en Venezuela quería tener relación alguna con los colaboradores cercanos de Pérez Jiménez. Marcel Roche y un grupo de colaboradores guiaron la transformación del Instituto con prudencia e inteligencia, y el IVIC es hoy una institución distinguida. El reactor nuclear se utilizó por mucho tiempo para investigación básica, y probablemente todavía hoy sigue en uso.

Los incidentes que presencié en México fueron de menor consecuencia.

Ocurrieron durante las campañas electorales de Luis Echeverría y José López Portillo. En aquella época, los candidatos del PRI acostumbraban invitar grupos de tamaño moderado para que expresaran las demandas, propuestas y sugerencias de sectores específicos de la sociedad. Fui invitado a algunas de las sesiones de los científicos, y me resultó difícil dar crédito a mis oídos cuando escuché a algunos de mis colegas pedir la palabra para prometer a los candidatos resolver, entre otros problemas, la aridez de los desiertos, el retraso industrial y la pobreza de México, siempre y cuando recibieran un presupuesto ilimitado. Evidentemente, los científicos mexicanos carecieron del talento para inflamar la imaginación de los políticos: ambos candidatos escogieron metas más modestas.

No sólo en Latinoamérica y el Medio Oriente los científicos venden las perlas de la Virgen: también lo hacen en los países más desarrollados. Un episodio muy costoso ocurrió en Estados Unidos durante la administración de Richard Nixon, quien quería lanzar un programa relumbrante y de gran beneficio social. El programa fue “La guerra contra el cáncer”, la promesa fue erradicar la enfermedad y contó con un apoyo extraordinariamente generoso. Ninguno de los consejeros de Nixon se molestó en advertirle que la meta era inalcanzable, ya que faltaban conocimientos básicos indispensables. No todo el dinero se despilfarró: algo se gastó en investigación valiosa, pero gran parte se esfumó en contratos concebidos para aprovechar una oportunidad creada artificialmente. Los ejemplos de situaciones semejantes son, seguramente, innumerables.

Mi propósito no es acusar a los científicos de mendacidad extraordinaria, sino simplemente señalar que no difieren del resto de la humanidad. Tanto entre ellos como entre los carniceros, los corredores de bolsa y los escritores, es posible hallar gente honrada y de talento, así como pícaros y granujas. Por supuesto, durante el conflicto en Iraq, los científicos no han sido los únicos in-

volucrados en contar mentiras: los llamados servicios *de inteligencia* y los políticos también han representado un papel eminente. —

— DAVID ERLIJ

CIUDAD

Leer no es pasajero

Una de las ventajas indudables de viajar en Metro es que allí se puede leer. A excepción de las horas pico (en las que difícilmente se puede respirar, y casi parece una empresa heroica bajarse en la estación que uno quiere, abriéndose paso a ritmo de codazos), es común ver a la gente con algo que leer entre las manos, desde el libro vaquero hasta alguna tragedia de Shakespeare, pasando por periódicos y revistas de todo tipo. Es probable que muchas carreras universitarias hayan llegado a buen término en los vagones de la línea tres, que corre de Indios Verdes a Universidad, pues en ella no falta el aprendiz de ingeniero que resuelve en un trance tumultuoso sus ecuaciones antes de un examen, o la futura oftalmóloga que, con un mamotreto en las manos, y en medio de canciones rasposas de José José y gritos de “sí mire se va a llevar una oferta, una promoción...”, intenta memorizar los nombres de los músculos del ojo.

Muchos de los libros que se leen en el Metro provienen de bibliotecas públicas como las de la Universidad, o han cobrado nueva vida tras dormir durante años en los montones desordenados de los puestos callejeros y las librerías de viejo, por lo que difícilmente engrosarán alguna vez las estadísticas de los libros que anualmente se compran —y quién sabe si leen— en el país. Ningún lector se apunta en una lista para decir: estoy leyendo esto o lo otro. La lectura es más bien una actividad silenciosa y subterránea —como la mayoría de los placeres— que los programas de promoción de la lectura parecen empeñados en convertir en un actividad ostensible y, más grave aún, en un deber. Lo cierto es que de un tiempo a es-

ta parte hay en el Metro una abundancia inusitada de libros, y casi me atrevería a decir que es el lugar al que mejor conviene el nombre de “megabiblioteca”. Primero fueron estanterías de libros clásicos —y no tanto— a muy bajo precio en las distintas estaciones, iniciativa que ha tenido la perturbadora consecuencia de propiciar cofradías inesperadas, como la de cierto vagón en el que cerca de la medianoche pude contar cinco ejemplares de *En la cripta*, de Lovecraft. Ahora se trata de libros gratuitos a la disposición de quienquiera, gracias a lo cual nunca ha sido más fácil apu-

rar el trago —muchas veces amargo— entre una estación y otra. Para el que no tiene nada que leer, o para el que busca algo distinto de lo que trae empollando bajo el brazo, se ha puesto en circulación (nunca mejor dicho) una antología de autores mexicanos que el apretujado pasajero puede tomar antes de comenzar el viaje y debe devolver antes de salir de las instalaciones, extremos entre los que se supone debió aconte-

cer el fenómeno tan cacareado de la lectura. Se trata de un único título con un tiraje de 250,000 ejemplares, y el experimento se ha circunscrito —hasta ahora— a la línea tres arriba mencionada, quizá porque es la más llena de estudiantes y, por ende, la que se supondría rebosa de entusiasmo. El volumen incluye de todo: cuento, poesía, crónica, dramaturgia, e incluye autores tan distintos entre sí como Carlos Monsiváis y Thelma Nava, Emilio Carballido y Eduardo Antonio Parra, Vicente Leñero y Eduardo Hurtado. Algún pedante seguramente alzarla la ceja ante tan peregrina selección, pero no está de más reflexionar que, si se trata de ganar lectores, la mejor opción es comenzar con una obra miscelánea y de referentes locales, y no con un tratado sobre el esplendor literario en Trieste.

Aunque la idea es que cada ejemplar circule miles de veces y pase de mano en mano, el que me tocó en suerte olía a nuevo, y no tenía el menor rastro de haber sido hojeado ni siquiera vagamente. ¡Cómo me hubiera gustado encontrar las huellas de algún lector pretérito, las marcas de sus gustos o ansiedades, esos dobleces en el papel que indican que algo le pareció memorable, ya sea por chabacano o emotivo o simplemente deslumbrante! ¡Cómo me hubiera gustado encontrar algún subrayado a lápiz que diera cuenta de que ese libro encontró finalmente a su lector! Pero en

mi libro no había ni siquiera una manchita de mugre, ni una gota de salsa Valentina que trajera a mi mente la imagen de un lector debatiéndose entre los placeres paralelos del chicharrón y la lectura. El programa recién comienza —me dije—; todavía es muy pronto para que estos vagones de Metro, que por su diseño y construcción recuerdan tanto a los de París, se conviertan en la mayor biblioteca



Flores de varia poesía en el Metro.

ambulante del mundo, tal como Daniel Pennac definió al Metro parisino en un libro célebre acerca de los derechos del lector. Todavía es muy pronto —me dije.

Aún no terminaba de leer el cuento de Eduardo Antonio Parra cuando el Metro en el que viajaba se detuvo en la estación Centro Médico. Y como tenía que transbordar a la línea nueve en dirección a Tacubaya (línea que todavía no participa en el programa), mi lectura se vio interrumpida bruscamente, para desgracia mía, pero sin duda para beneficio de los organizadores, pues ahora que estoy picado y lejos del libro (obedientemente me abstuve de introducirlo en mi mochila) tendré que volver mañana a la línea verde, ya víctima del embrujo de Sherezada, con el solo designio de terminar el cuento. Y es que,

aunque el programa se denomina “De boleto en el metro”, no parece que todos los textos (en especial los de narrativa) hayan sido elegidos con base en el rasero de la brevedad, rasero que en las lecturas en movimiento —y por si fuera poco de pie, agarrados como contorsionistas a un tubo sudoroso y fugitivo— sea factor determinante, y si no pregúntele a Oliverio Girondo, que concibió algunos de sus mejores poemas “para ser leídos en el tranvía”, poemas que justamente no rebasan las dos páginas, pues todo lector viajero sabe de sobra que, por el inocuo pecado de seguir leyendo, se corre el peligro de no descender donde se debía, y entonces no es raro que uno se descubra perdido en una terminal desconocida a altas horas de la noche, entre agradecido y perplejo. Los cuentos de más de quince páginas —pese a la letra grande, pese a su pretendida agilidad— propiciarán más bien que el distraído lector se lleve a casa el libro con el noble propósito de terminarlo de una buena vez, lo cual será una agredulce victoria para el programa, ya que, aun cuando haya perdido un libro, habrá ganado, como se proponía desde el principio, un lector, quién sabe si sólo casual y pasajero.

Al salir de la estación, mientras todavía me preguntaba por qué la antología no habrá incluido, entre tantas otras posibilidades, ese cuento de Cortázar en el que se narra un difícil y entrañable juego de enamoramiento en los vagones del Metro —que ni mandado a hacer para la ocasión—, advertí lo que puede parecer una obviedad pero no lo es tanto: el automóvil es poco propicio para la lectura; casi se podría decir que es uno de sus enemigos. Cruzando en zigzag entre los coches detenidos en un embotellamiento, corriendo aturdido a través de la neurótica sinfonía de cláxones y sirenas (al tiempo que constataba cómo, pese a la inmovilidad absoluta, ningún conductor leía nada de nada), vislumbré lo que quizá ya han comprendido a su manera las autoridades y saben desde siempre los viajeros: el último reducto del lector es el subsuelo. —

— LUIGI AMARA

POESÍA

Una muerte encendida

Un soneto

El material de la noche florea.
Estoy luminosamente escondido.
Tiene el jazmín de Arabia tanto fluido
que así es la perfección que redondea.

Algo que nace, como que aletea.
Un átomo de vida se ha encendido,
y el universo ejerce su tarea.
¿Dónde estará la fuente del olvido?

En el incendio inútil de una rosa
pereció perseguida mariposa.
La noche puso en pie nombres callados.

Todos los sueños estaban despiertos;
y la vida con los ojos cerrados
y la muerte con los ojos abiertos.

Lomas de Chapultepec, 4 de octubre de 1976.

¿Por qué este soneto de Pellicer viene a mi memoria, destacándose sobre otros poemas del mismo autor?, ¿por qué mi memoria lo prefiere a los de otros poetas más esenciales para mí? Trataré de contestarme. Lo leí recientemente bajo el influjo de la luna diurna, es decir, en un terreno mestizo de la noche y el día. La luna llena se salía, en su sobrevida, de sus límites, desafiando con su vigor la autoridad solar. Llevando “el material de la noche”, iluminado, a pleno día. La luna femenina y nocturna restándole, sutilmente, su poderío al sol; poniendo la noche al lado del día, y no en forma sucesiva, después. Cuando observé tal fenómeno excentrico, lo hice como si fuera la primera vez; mi madre estaba agonizando pero, más poderosa, clara y valiente que nunca, contemplaba la luna desde la cama, recordaba su vida y encaraba la muerte. Hice un poema dedicado a la luna diurna, se lo leí a mi madre, en él no hacía ninguna alusión a su situación. Un mes después, ya muerta mi madre, en un *Vuelta* antiguo, dedicado en parte

a la reciente muerte de Pellicer, leí el soneto que desde entonces se ha vuelto una obsesión para mí. Ignoraba en aquel momento que era el último poema de un libro póstumo. En él se encuentra esa mezcla indisoluble de vigor y de anticipación de la muerte que tuvo la agonía de mi madre; en él se encuentra algo de lo que me decía la luna diurna: la vida y la muerte son simultáneas y no sucesivas: coexisten, lo mismo que el sol y la luna. En este poema no hay nada explícito, todo es subterráneo, hasta tal punto que dudo que pueda ser extraído a la superficie; no obstante, en él se encuentran toda la fuerza y la luminosidad pellicerianas, sólo que aquí se hallan en la noche y en íntimo contacto con la muerte.

“El material de la noche florea.” No la noche, sino su material es lo que se expande, lo que se torna abiertamente fértil; el material del que está hecha la noche, que quizás sea oscuro, irradia luz y color: florea, pellicerianamente florea, y no baudeaireanamente flores oscuras; flores del mal. La palabra “material”, al inicio del verso, le imprime, no sólo al verso, sino a todo el poema, un carácter arquitectónico, sólido, fuerte; en cambio, el verbo “florea”, con el que culmina el verso, nos da, ya de arranque, la otra esencia del soneto: su parte vaga, vaporosa, luminosa y activa. El segundo verso, “estoy luminosamente escondido”, lleva la simultaneidad a una síntesis que no anula los dos polos, y nos revela una forma desconocida de esconderse. Los dos últimos versos del primer cuarteto (“Tiene el jazmín de Arabia tanto fluido / que así es la perfección que redondea”) están llenos, nocturna y exóticamente, de una claridad olfativa. El primer verso del segundo cuarteto refuerza el vigor y el misterio de esa noche fechada (Lomas de Chapultepec, 4 de octubre de 1976) unos pocos meses antes de la muerte del poeta y en su casa (¿noche de luna?): “Algo que nace, como que aletea.” El verso tiene una vaguedad inaugural, tiene la frescura que

le comunica la fragancia del verso anterior, la novedad de lo recién creado y todavía desconocido. Lo recién creado es algo aéreo, minúsculo y encendido, con lo cual “el universo ejerce su tarea”. El verbo *ejercer* y la palabra *tarea*, términos acarreados del lenguaje laboral, unidos a esa gran palabra *universo*, nos dicen todo lo que representa este pequeño alumbramiento. El último verso de este cuarteto, misteriosamente, le da la vuelta al poema. Es la única interrogación del soneto, casi en el medio mismo del poema. Es una pregunta irresoluble: ¿Dónde estará la fuente del olvido? Esta pregunta ¿se podría traducir así?: ¿Dónde estará el origen de la nada? No lo sé. En todo caso, esta pregunta es el umbral por donde entra la muerte al poema; una muerte encendida: “En el incendio inútil de una rosa / pereció perseguida mariposa” nos dicen estos dos versos, plenos de aliteraciones y rizados y con rimas contiguas y sonoras. ¿No nos persigue la muerte incluso recién nacidos? ¿Incluso iluminados por el incendio, inútil ante la muerte, de la belleza? El último verso de este terceto es hermosísimo y no menos misterioso: la noche, lo horizontal, “puso en pie nombres callados”. ¿La noche sacó del anonimato al silencio? ¿La noche despertó nombres dormidos? ¿Le trajo al poeta los nombres de sus difuntos? Veamos el último terceto: “Todos los sueños estaban despiertos”; seguían siendo sueños, sólo que despiertos, lo mismo que los nombres seguían callados, pero de pie. Y todo esto lo hizo la noche, esa noche. Los dos últimos versos del soneto —los que trastocan el orden al que nos acostumbra el pensamiento lógico (y no el poético), en los que se usa el polisíndeton— quizás sean los que tengan más relación con esta temporada dominada por la muerte de mi madre: “y la vida con los ojos cerrados / y la muerte con los ojos abiertos”. La vida, no por viva y encendida menos a punto de terminar, y la muerte más dispuesta a su presa que nunca, despierta, con los ojos abiertos.

No soy un lector constante y exhaustivo de Pellicer. Cualquiera de sus lectores conoce este soneto de *Reincidencias*.

Releo unos cuantos poemas que me bastan para considerarlo un poeta extraordinario. No es uno de mis poetas íntimos, como sí lo es, por ejemplo, entre los Contemporáneos, Villaurrutia. Sin embargo, este soneto de la noche con los ojos abiertos, de la noche encendida, será toda mi vida uno de mis poemas íntimos. ¿Cuál es su tema? No tiene título, y si lo tiene es tan genérico como “Un soneto”. ¿Lo provocó algo tan minúsculo como el surgimiento y la muerte nocturna de una mariposa? A veces creo que sí, pero en contacto con la poesía, en un jardín, bajo el firmamento, en la víspera. —

— ANTONIO DELTORO

ELECCIONES EN EE.UU.

La hora de Kerry

De pronto, la sonrisa se le ha ido a Karl Rove, el estratega del presidente George W. Bush. Lo que hace un mes parecía un escenario soñado para el equipo republicano se ha convertido, gracias a un giro sorprendente, en una verdadera contienda. Ahora, Howard Dean, el ruidoso gobernador de Vermont que parecía dueño de la candidatura demócrata, se ha inmolido. Entre gritos desaforados, errores de táctica electoral y un mensaje cada vez



Kerry: sí se puede.

más débil, el candidato rabioso ha perdido el paso, víctima de su propia voráGINE. Era predecible: Dean no está hecho para los grandes escenarios políticos, donde la sinceridad y la estridencia no tienen cabida. Nada mejor podría haberle pasado a la causa demócrata que la implosión de Dean. De no haber ocurrido ahora, es probable que el gobernador de Vermont hubiera perdido la cabeza en algún momento clave de la elección presidencial. Dean no era el hombre para vencer a George W. Bush.

Ahora, los republicanos tendrán que hacerle frente a un candidato demócrata articulado, lleno de experiencia y, hasta donde se sabe, poco menos que blindado cuando se trata de ciertos asuntos que importan a los votantes estadounidenses. John Forbes Kerry, senador por Massachusetts, nació para ser presidente de Estados Unidos. Kerry presumía, desde pequeño, de sus futuras credenciales políticas, incluidas sus míticas iniciales. El senador será un rival formidable para George W. Bush. No sólo es un hombre con experiencia política y amplia cultura. Kerry es, además, un héroe de guerra. En Vietnam se distinguió como capitán de una embarcación que, a finales de febrero de 1969, atacó con arrojo una posición contraria en la ribera del río Mekong. Pero Kerry no es ningún halcón: de regreso en Estados Unidos, fundó una respetada asociación de veteranos que repudió la injusta guerra en Asia.

En uno de los pocos capítulos que los republicanos probablemente usarán en su contra, Kerry fue el brazo derecho del malogrado gobernador de Massachusetts, Michael Dukakis. El historial de Dukakis puede ser un obstáculo cuando Kerry trate de conquistar aquellas zonas del país donde ser un liberal del noreste equivale a pertenecer a otro país. Kerry tendrá que fortalecerse de alguna manera si pretende vencer a Bush en aquellas zonas donde los “valores” del republicano son un activo. Curiosamente, también en esto la suerte parece estar del lado de John Kerry. Las primarias demócratas no sólo acabaron con Dean, también le dieron a Kerry

una respuesta inesperada para su “problema liberal”. El mejor camino para congraciarse con el Estados Unidos conservador tiene nombre y apellido: John Edwards.

Además de la desaparición de Dean y la consolidación de Kerry, la otra gran historia de las primarias demócratas es el senador de Carolina del Norte. Edwards, abogado carismático, tiene al menos dos características útiles en una elección: una admirable historia de éxito personal y un acento sureño que resulta irresistible cuando se trata de vender, entre los votantes, la imagen del hombre común. Edwards es el mejor compañero para formar la mancuerna ideal con John Kerry. El senador de Massachusetts, liberal del noreste, criado en colegios privados en Europa y héroe de guerra; y el apuesto senador sureño, educado en escuelas públicas, lleno de valores cercanos a la gente. La combinación no suena mal.

Y lo cierto es que la lucidez demó-

crata llega en buen momento. A juzgar por las últimas noticias salidas de Washington, un relevo en la Casa Blanca se antoja incluso necesario. El presidente se ha vuelto una caricatura. La guerra en Iraq ha resultado, al menos, un fracaso de inteligencia (en ambos sentidos). Y luego está la imagen de la administración Bush que arrojan algunos libros de reciente publicación. Ninguno puede compararse con el escalofriante relato que hace Paul O’Neill, secretario del Tesoro durante buena parte de la presidencia de Bush, en *The Price of Loyalty*, de Ron Suskind. El George W. Bush que aparece en las páginas del libro de Suskind es una marioneta bajo los hilos de Cheney, Rove y demás titiriteros. Pero Bush es algo peor: un tonto. A juzgar por los recuerdos de O’Neill, Bush es un niño distraído, impaciente e impulsivo, que prefiere encontrar los túneles secretos de la Casa Blanca (y aquí no hay metáfora: me refiero a los *verdaderos* túneles

secretos) que comprender el significado de un recorte impositivo en tiempos de déficit o la seriedad de una guerra.

Quizá lo que más sorprende del libro de Suskind sea la amistad que había unido a O’Neill con Donald Rumsfeld, George Bush padre y el propio Cheney. ¿A qué grado habrán llegado las cosas para que O’Neill, un hombre honesto, republicano de cepa, haya decidido prestar sus memorias para una causa de este estilo? Hace treinta días, el mundo parecía destinado a soportar cuatro años más del presidente que indignó a ese grado a Paul O’Neill y a millones de estadounidenses más. Ahora, la presencia de John Kerry y John Edwards parece inclinar la balanza hacia la cordura. Habrá que esperar, ahora, la inevitable campaña de descrédito que los republicanos lanzarán contra Kerry. Pero eso, como tantas otras cosas en materia de política, ocurre, siempre, después del cierre. —

— LEÓN KRAUZE

Instituto
Nacional de
Estudios
Históricos de la
Revolución
Mexicana

Foros 2004 INEHRM

General Francisco J. Múgica, a 50 años de su fallecimiento • Pensadores políticos del siglo XX: Luis Cabrera, Jaime Torres Bodet e Isidro Fabela • 1914: la invasión de Estados Unidos a Veracruz • 90 años de los acuerdos de Teoloyucan • José Vasconcelos, 75 años del inicio de su campaña presidencial, 1928-29

Sala de lectura de la Biblioteca de la Revolución Mexicana

Tels. 5616.3808, 5616.3809. Plaza del Carmen 27, San Ángel www.gobernacion.gob.mx

Poniendo a México al día y a la vanguardia

